

Luca D'Andrea

La muerte de
Erika Knapp

Traducción de Xavier González Rovira



Tony Carcano lleva una vida aislada y monótona, en la que las únicas emociones que experimenta son las que describe en sus propios libros, unas novelas de amor que desde hace tiempo le proporcionan éxito y bienestar. Sin embargo, Sibylle, una veinteañera imprudente y encantadora, irrumpe en su vida con una antigua foto que lo retrata joven y sonriente junto al cadáver de una mujer: Erika Knapp.

Tony se ve obligado a retomar los hilos de una historia que durante mucho tiempo quiso dejar atrás. Junto a Sibylle, tendrá que volver a adentrarse en las sombras del pequeño pueblo tirolés de Kreuzwirt, donde se esconde un misterio hecho de mentiras, violencia, locura y codicia. Este *thriller*, de una potencia avasalladora y un ritmo diabólico, hará resurgir un secreto oculto durante más de veinte años abriendo de par en par las compuertas del infierno.

*Para Alessandra,
que es el camino a casa*

Uno

1

—No te creas lo que dicen, muchachote. Lo difícil es empezar. Luego todo es cuesta abajo.

Freddy, irritado, se volvió hacia él y le dirigió una mirada que decía más o menos: «Deja ya de observarme o nos quedaremos aquí hasta mediodía».

Luego, tras un perezoso movimiento de cola, el san bernardo levantó la pata de nuevo y se concentró en lo que estaba intentando hacer antes de que lo interrumpieran: transformar el borde del camino en un Pollock en miniatura.

2

Si alguien le hubiera hecho notar lo triste que era la idea de tener como único amigo a un san bernardo de ciento diez kilos, Tony —Antonio Carcano según el registro civil—, o el hombre al que habían endosado la etiqueta de «Sophie Kinsella en pantalones tiroleses» (definición que traslucía esa forma suculenta de envidia que el mundo literario reservaba a los escritoruelos tocados por el éxito), se habría caído de las nubes. ¿Triste? ¿Él? ¿Y por qué motivo?

No, el verdadero problema era que desde hacía un tiempo el rinconcito de su cerebro dedicado a mantenerlo despierto por las noches no hacía más que repetirle las palabras que el doctor Hubner le había dirigido durante la úl-

tima revisión. «Debes ir pensando que este cachorrillo tiene ya una edad, prepararte para el caso de que...».

Maldito charlatán. Freddy no era viejo. Freddy tenía diez años y Tony había leído sobre san bernardos que habían alcanzado los once e incluso los doce años de vida.

Por supuesto, la bola de pelo que cuando tronaba en el exterior se ponía a temblar tan fuerte que la única manera de calmarlo era cantar *Another One Bites the Dust* era solo un recuerdo, y en consecuencia Freddy tampoco era ya el animal saltarín que al amanecer se le echaba encima en la cama para recordarle sus deberes (ahora se limitaba a jaderarle en la cara, esperando su despertar con mirada acusadora), pero... ¿que además tenía un pie en la tumba? Ni en broma.

Freddy estaba bien. Mejor dicho, perfectamente. Tan solo se había vuelto un poco lento debido al exceso de calor. De hecho, en ese mismo instante, casi para apaciguar sus temores, por debajo de la pata trasera del perrazo brotó un chorrito. Una tímida salpicadura y no el gallardo chorro de algunos años atrás, pero en todo caso una sana meada que permitió a Tony respirar tranquilo y percatarse del insistente zumbido que rompía el silencio del campo. Una motocicleta, nada excepcional. Se daba el caso de que algunos emuladores de Valentino Rossi confundían aquel laberinto de carreteritas en medio de los manzanos con un circuito de carreras, pero como Tony pertenecía a la escuela de pensamiento según la cual uno nunca es demasiado prudente, le puso a Freddy la correa y se apartó todo lo posible de la calzada. La prudencia es la madre de la rutina. Y la rutina es la base de una larga y próspera vida.

Tras haber recorrido algunos metros al calor de esa mañana de domingo de junio, el zumbido se transformó en el rugido de una Yamaha Enduro blanca y sucia de barro que fue bajando de marchas, giró hacia un lado y, trazando una larga franja negra en el asfalto, detuvo su carrera justo de-

lante de Tony y Freddy, obligándolos a retroceder unos precipitados pasos.

La chica que conducía la Enduro llevaba unos pantaloncitos que dejaban al aire unas piernas largas y delgadas y una camiseta de tirantes de un rojo chillón en la que había dibujada una estrella, pero no fue su vestimenta lo que alarmó a Tony hasta el punto de proteger al san bernardo detrás de él. Fue la navaja. Según su experiencia, los individuos que sentían la necesidad de llevar encima un instrumento de esa índole casi nunca albergaban buenas intenciones.

La navaja asomaba por el bolsillo trasero de los pantalones cortos cuando la fanática de las dos ruedas se exhibió con una ágil pirueta: se bajó de la Yamaha, se quitó el casco y se giró hacia él, lanzándole una mirada cargada de odio, sin decir ni una palabra.

Pelo largo, rizado. Rubio, del tipo muy rubio. Constitución esbelta. Ojos claros. Los rasgos delicados, casi felinos, recordaban a una cantante, aquella con la voz empalagosa y un aire desconsolado-pero-sexy que había estado de moda en los años noventa, una estrella del pop de cuyo nombre Tony, de repente (y con una pizca de pánico), sintió que era importante, incluso vital, acordarse.

En vano.

Durante largos segundos la muchacha no movió un solo músculo: de pie y con los brazos cruzados, se quedó mirándolo fijamente y nada más. Furibunda hasta el punto de que uno se preguntaba cómo era posible que un cuerpo tan menudo pudiera contener toda esa cólera sin estallar.

Tony la juzgó inquietante. Tal vez incluso peligrosa. Y eso era absurdo porque, con navaja o sin navaja, la chica pesaba más o menos cincuenta kilos, y si hubiera intentado atacarlo a Tony le habría resultado fácil desarmarla y dejarla indefensa. Y además, ¿por qué iba a atacarlo?

La respuesta llegó cuando la desconocida se descolgó de los hombros una pequeña mochila de tela, extrajo un

sobre y se lo tendió a Tony, que lo aferró con unas manos que de golpe se habían quedado heladas.

El sobre contenía una foto que sacaba a la luz unas cuantas cosas que a Tony le había costado bastante enterrar. Un sabor, lo primero de todo. El sabor del barro en primavera. El sabor del lugar en el que se había tomado la fotografía, veinte años atrás: un pueblecito con geranios en las ventanas encerrado en un valle del nordeste del Tirol del Sur cuyo nombre era Kreuzwirt. Un vistazo fue suficiente para que todo le quedara claro.

Pánico incluido.

A la izquierda de la foto, desenfocado, un carabinero aparecía congelado en el momento en que la frase «¿Qué coño estás haciendo, gilipollas?» se le dibujaba en los labios. En el centro de la escena, a cuatro patas y sucio de barro, Tony. Un Tony veinteañero que, mirando directamente al objetivo, *sonreía* junto al tercer elemento de la instantánea, tomada a las diez de la mañana del 22 de marzo de 1999: una sábana en el suelo de la que asomaban una mano, una cara y una cascada de rizos rubios.

La sábana cubría a duras penas el cadáver de una chica de unos veinte años: Erika. Erika Knapp. O, como la llamaban en Kreuzwirt, Erika la Rarita.

Erika Knapp, que se parecía a Fiona Apple, la cantante de aire desconsolado-pero-sexy cuyo nombre surgió de la memoria de Tony con tal fuerza que a punto estuvo de hacer que le estallara la cabeza. Erika Knapp, llamada Erika la Rarita, que la noche del 21 de marzo de 1999 había dejado huérfana a una niña con un nombre extravagante: Sibylle.

Y veinte años después de esa muerte, Sibylle Knapp, que al igual que su madre se parecía a la versión rubia y rizada de aquella estrella del pop pasada ya de moda, la chica de la Yamaha, la chica de la navaja en pantalón corto y camiseta de tirantes chillona, con la cara sonrojada, incapaz de seguir conteniéndose, bramó una simple pregunta.

—¿Por qué... estabas... *riéndote*?

Tony se estremeció. Habría querido explicarle, contarle. En cambio, no pudo por menos que sobresaltarse de nuevo cuando la muchacha se le acercó, lo miró a los ojos y, sacudiendo la cascada de rizos rubios, le soltó un bofetón en plena cara que hizo que la nariz le sangrara.

—Eres tú. Tú —silbó la muchacha—. Cabrón.

Luego, asqueada, le dio la espalda. Volvió sobre sus pasos, se puso el casco y brincó al sillín. Con un golpe de gas que hizo ulular a Freddy, la Yamaha desapareció en medio de una nube de polvo. El estruendo del motor volvió a ser un zumbido y el zumbido se desvaneció.

Tony se quedó inmóvil, estremeciéndose y mirando la sangre que goteaba cada vez más despacio al suelo, escuchando el silencio del campo hasta que Freddy, impaciente y quizás también un poco asustado, le dio un golpecito con el hocico.

Tony lo tranquilizó con una caricia sobre su arrugada cabezota, dobló la fotografía (en el dorso, una letra femenina había escrito un número de teléfono y una dirección: Kreuzwirt, no hacía falta decirlo), la guardó en el bolsillo de los vaqueros y se limpió la cara al modo de los niños, utilizando saliva y un pañuelo de papel. Luego se puso en marcha, haciendo caso omiso de las miradas inquietas del san bernardo.

En menos de media hora estaba en el barrio donde había nacido y se había criado, al que la gente de Bolzano llamaba, algunos con afecto y otros no tanto, Shanghái. Una vez en casa, llenó el cuenco de Freddy de agua fría, tiró la ropa sucia al suelo y se metió en la ducha. Cuando salió, se refugió en su estudio, encendió el ordenador y buscó la canción que en aquella época había hecho famosa a Fiona Apple: *Criminal*. En cuanto el bajo y la batería empezaron a marcar el ritmo, a Tony le entraron náuseas, pero no se abrumó. No se lo permitió. Quería saber. Averiguar quién le había dado a Sibylle aquella maldita fotografía y por qué. Se valió de la música y las náuseas para evocar rostros, si-

tuaciones, palabras. El tictac del teclado. El olor del café rancio y el del Jim Beam.

El *Sol de los Alpes*.

¿Cuánto había durado esa especie de aventura? ¿Un mes? ¿Dos? El periódico había echado el cierre en 2001, en su lugar ahora había una agencia de trabajo temporal. El único miembro del equipo con el que en aquella época Tony tenía (a su pesar) relación era Michele Milani, un fanfarrón de marca mayor y fotógrafo del periódico. Y aunque había sido el propio Milani quien había sacado la maldita instantánea, Tony lo excluyó de la lista de sospechosos. Había asistido a su funeral en 2008. Había depositado una botella de *bourbon* junto a su lápida, seguro de que ese puto charlatán apreciaría el gesto.

Pero, entonces, ¿quién le había dado a Sibylle la fotografía? Alguien mezquino, pensó Tony, tan rencoroso y carente de pudor como para conservarla durante dos décadas sin...

Giò.

Giovanna Innocenzi. Pómulos altos, media melena. Cierta predilección por la ropa oscura. Sonrisita insolente incluso en medio de las peores tragedias. Giò, la reina de la crónica de sucesos. Giò, la princesa del cotilleo. O bien, como la había rebautizado Michele Milani: Giò, la gran duquesa del reino de las gilipolleces.

Giò, que...

El san bernardo apoyó la cabezota en sus piernas.

—Estoy de acuerdo contigo, Fred: claramente es una pésima idea.

Dos

1

Cuando Sibylle terminó su turno eran las cinco de la tarde y el termómetro colgado en la puerta del Black Hat marcaba veintinueve grados. La tía Helga decía que el verano más caluroso había sido el del 81, pero a Sib le costaba creerlo. Casi le parecía sentir el calor del asfalto a través de las suelas de los zapatos.

Sin embargo, si a los mil doscientos metros de altitud de Kreuzwirt la temperatura había subido hasta ese punto, en Bolzano, asentado en el fondo de un valle a menos de trescientos, Tony estaría sin duda nadando en un mefítico caldo de bochorno y sudor.

Magro consuelo. Y breve, además. La periodista vestida de negro le había contado que los libros de Carcano se vendían bien («el mundo está lleno de amas de casa frustradas a las que quitar las penas»), y por tanto era más que probable que Tony tuviera aire acondicionado. Uno que funcionara, no como aquel que Oskar tarde o temprano arreglaría. O el inexistente de la casa de Erika, donde vivía Sib.

Tony...

Sibylle no lograba apartar de su mente la expresión en los ojos del escritor cuando lo había abofeteado. ¿Estupor? ¿Sentimiento de culpa? Estaba casi segura de que era miedo. ¿Pero de qué? ¿Del cortacapullos que dejaba bien a la vista en el bolsillo trasero porque era ahí donde los salidos

del Black Hat apuntaban cuando ella estaba en las inmediaciones? Bueno, sí, quizá. El cortacapullos servía para eso.

Pero Tony no le había dado la impresión de ser un gallina. Le parecía más bien una de esas herramientas recubiertas de goma que a primera vista parecen juguetes y en cambio esconden una hoja de metal. Como si los vaqueros desgastados, la camiseta barata y el perro con correa no fueran más que una pantalla en la que proyectar una película demasiado banal para resultar sospechosa. Una muralla rodeada de un gran foso.

¿Pero para protegerse de qué?

Sibylle no lo sabía, y después de la escenita en medio de los manzanos probablemente no lo sabría nunca. Y esto, sumado al calor y a lo que le estaba ocurriendo desde el entierro de Perkman, el sobre anónimo, las noches revolviéndose entre las sábanas y todo lo demás, la ponía de los nervios.

Porque Sib no había salido de Kreuzwirt con la idea de chuparse cien kilómetros de curvas cerradas para luego darle una tunda (una buena tunda, tenía que admitirlo) a un tipo que se ganaba la vida vendiendo rollos sentimentales. Con todo lo que consumía la Yamaha, no habría valido la pena. No, Sibylle había malgastado tiempo y gasolina para hablar con Tony.

Estrecharle la mano, presentarse, mostrarle la fotografía de Erika a orillas del lago, preguntar.

Escuchar.

¿Pero cuándo había sido capaz Sib de atenerse a un plan? Nunca, de hecho. Porque era impulsiva. Porque en el momento menos oportuno le salía esa parte por la que la tía Helga la había bautizado como Sibby Calzaslargas, y cuando Sibby Calzaslargas asomaba la zarpa todo se iba al carajo. Podías apostarte cualquier cosa.

Sibby Calzaslargas nunca echaba el freno a su lengua y metía las narices en asuntos de los que era mejor mantenerse a distancia, y esa mañana, al encontrarse frente al

hombre que veinte años antes se había echado a reír junto al cadáver de Erika, Sibby Calzaslargas había tenido la brillante idea de darle una bofetada, tachando con una hermosa cruz una de las más prometedoras posibilidades de llegar a entender qué le había sucedido a Erika la noche del 21 de marzo de 1999.

Se enfurecía solo de pensarlo. Con Sibby Calzaslargas. Conigo misma. Con el mundo entero. Con Erika. Sobre todo con Erika.

Erika te arruina la vida. Erika trae problemas. Erika «viene a por ti», como decían los chiquillos de Kreuzwirt cuando creían que ella no estaba escuchándolos. Sib había crecido con esas gilipolleces. A pesar de esas gilipolleces.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta.

No porque ponerse el mono de motorista que utilizaba cuando tenía ganas (o necesidad) de quemar rueda un poco con la Yamaha por pistas sin asfaltar y senderos fuera como sumergirse en una bañera de agua hirviendo, sino porque hasta el día del funeral de Friedrich Perkman Sibylle había sido tan estúpida que había creído todo lo que le habían contado: Erika la Desgraciada, Erika Corazón Sensible.

El 8 de junio, mientras sus conciudadanos y los peces gordos de la Autonome Provinz daban el postrer saludo a Friedrich Perkman, alguien (Sibylle aún no había descubierto quién, y de haber sido sabia habría dejado de preguntárselo) había deslizado una fotografía en su buzón.

No la instantánea que le había proporcionado la periodista vestida de negro, la de Erika bajo la sábana y Tony sonriendo. La *otra* fotografía. La foto imposible.

La de la sonrisa del colibrí.

La fotografía que decía: ¿de verdad te lo has creído? Quita la palabra «suicidio». Sustitúyela por «homicidio». Y verás cómo suena.

A partir de ese día, Sib dejó de dormir y empezó a hacer preguntas. Discretas. Aunque, sospechaba, no lo bastante, a juzgar por determinadas miradas que le pareció

captar. O quizá fuera solo su paranoia. Ahí tenía un nuevo regalito de Erika: Sibylle se estaba volviendo paranoica. Porque la fotografía de Erika, el lago y la sonrisa del colibrí, la fotografía que aún no había tenido el valor de enseñarle a nadie (ni siquiera a la tía Helga), le habían abierto los ojos.

En la muerte de Erika había algo que no cuadraba. Y cuanto más escarbaba, más conexiones surgían: contradicciones y coincidencias que no le daban tregua y confirmaban que no había perdido por completo la cabeza. De ninguna manera.

Erika no se había suicidado.

A Erika la habían asesinado.

Una vez más: «Mierda».

Sibylle se puso el casco, dio gas. La Yamaha rugió. Desde las cristaleras del salón de baile, algunas cabezas se volvieron para mirarla. Sib no les mostró el dedo medio solo porque ya había salido disparada. Necesitaba aire. Correr. Solo eso. Correr. La velocidad tenía el poder de vaciarle el cerebro. La adrenalina, el de calmarla.

Sibby Calzaslargas nunca se callaba nada, no era capaz de seguir un único plan y era un desastre en cuestión de escritores y san bernardos, pero sabía conducir la Yamaha como un auténtico demonio.

Salió de Kreuzwirt, abandonó la carretera asfaltada para enfilarse por los estrechos caminos de tierra entre los árboles, sendas que hasta la quiebra de la serrería habían sido un continuo ir y venir de *jeeps* y leñadores y que solo a un loco se le habría ocurrido intentar cartografiar; dejó a sus espaldas el olor de la turbera y se internó en el bosque, acelerando aún más, esquivando ramas, emprendiendo el vuelo cuando las protuberancias del trazado lo permitían, sorteando rocas, cambiando las marchas y *sonriendo*.

Funcionaba.

Siempre funcionaba.

También funcionó esa tarde. Hasta que algo grande, rojo y malvado le cortó el camino.

Tres

1

Encontrar a Giò fue un juego de niños: su dirección estaba en la guía telefónica. Montar en bicicleta, sin embargo, con los treinta y nueve grados («¡Y que no baja!», había gorjeado la señora Marchetti, su vecina, con ese extraño tono entre triunfal y feroz que algunos ancianos utilizan para las malas noticias) en que la ciudad estaba flotando, hasta llegar a la puerta de su casa, una empresa titánica.

Llamar al timbre, aceptar un café y soportar las alusiones a los escritores que vendían basura haciéndola pasar por caviar fue atroz.

Dejarse inmortalizar mientras firmaba un ejemplar de *El beso al final de los días*, la última de sus novelas, imaginando los comentarios de los usuarios de la web de chismes (Giò la había definido como «información alternativa» y Tony se había tenido que tragar eso también) que había otorgado una segunda juventud a la ex jefa de redacción de la crónica negra del *Sol de los Alpes*, puso a prueba su sistema nervioso, hasta el punto de que, en cuanto acabó ese encuentro, el aire candente del exterior le pareció tan fresco y regenerador como una brisa primaveral.

Resumen del partido: el *Sol de los Alpes* ya no existía, Michele Milani estaba muerto y enterrado, Fiona Apple había desaparecido de la programación radiofónica, pero Giò la sanguinaria seguía idéntica a como la recordaba. Quizá incluso había empeorado. Y había quien tenía el valor de tratarlo a él de misántropo.